

JUAN GARCÍA

ANTIGÜEDADES MONTAÑESAS

ABORÍGENES.—CUEVAS.—DÓLMENES  
ETIMOLOGÍAS

¿Cuál sería el hombre, cuál la familia, cuál la tribu que primero pareció sobre esta tierra que llamamos patria los montañeses? ¿Quién primero abordó á sus costas ó bajó sus montes; bebió sus aguas, gustó sus frutos, cazó sus fieras, vistió sus hojas, amasó sus lodos ó se albergó en sus grutas?

¿Cuál sería en su origen esta raza, y cómo al crecer y desenvolverse fué cobrando sus modos de sér de ahora y sus modos sucesivos de vivir? ¿Los hombres que llegaron primero á este suelo áspero y frondoso, duro al pie y á la mano, placentero á los ojos, grandioso y austero en lo marítimo y mediterráneo, abrigado y seguro en lo llano y tratable, fresco y sombrío, risueño en la verdura y lo florido de sus prados, llamador en la pompa de sus bosques, opulento y prócer en los troncos erguidos de sus árboles gigantes y apretados, por cuál impulso de la voluntad eran traídos? ¿Qué cuerda movió en sus entrañas la Providencia que los guiaba? ¿La del espanto, de la necesidad ó de la codicia? ¿Eran guerreros vencidos, pastores errantes, labradores expatriados, mercaderes vagabundos? ¿O eran no más peregrinos obedientes á la voz interna que desde la cuna del linaje humano los dispersaba por los términos de la tierra para ser en ellos padres de razas y de gentes?

¿O brotó la raza del suelo que había de ocupar, como brotaron sus plantas, como brotaron sus rocas, como brotaron sus arroyos en la hora fatal y precisa de la creación,

en que para el orden completo y movimiento de la magnífica obra faltaba solamente en ella el hombre, expresión última y soberana del poder de Dios y reflejo inmortal de su naturaleza eterna?

Habrá quien á la duda responda ó la comente; ¿habrá quien la satisfaga? No toca á este libro profesar: bástale referir. Escríbese relatando lo visto, repitiendo lo leído, dentro de la fe antigua de los mayores, nunca lastimada por novedades; acatando el mejor saber, mas desoyendo toda propuesta de rebeldía. Piensa que no cabe contradicción entre la palabra revelada y el conocimiento científico: ambos proceden de Dios, aun cuando puede el hombre usar mal de ellos.

La doctrina de la inspiración de lo alto en ciertos varones escogidos, no es doctrina inventada por nuestra Iglesia: la profesaron gentiles tiempos antes del nacimiento de la Iglesia. «Nunca hombre alcanzó superior grandeza, sino movido por cierto hábito divino,» dice el filósofo estóico Balbo, hablando en el diálogo *De la naturaleza de los dioses*, escrito por Cicerón (1).

Y aquel historiador de los orígenes humanos, Moisés, dócil á la voz que oía, no escribió para anticiparse á curiosidades de siglos venideros; mas para transmitir la historia y la ley á un pueblo que necesitaba conocer su ley y que merecía saber su historia. Abiertas quedaron las hojas del inspirado libro para cuanto, á juicio de los maestros de doctrina, no las niegue ó las contradiga.

\*  
\* \*

De remotísimo tiempo quedan vestigios de moradores en la Montaña. De aquél en que parecieron los hombres buscar refugio á las inclemencias del cielo en el seno de

(1) «Nemo igitur vir magnus, sine aliquo afflatu divino unquam fuit:» *De nat Deor*, II, 76.

la tierra de que habían nacido: en las oquedades de las rocas, donde la tradición antigua les atribuye hogar y templo y morada común con los animales que les servían (1), y donde los modernos hallan las reliquias de sus talleres y las señales de su industria.

Tiempos tristes y triste vida, puesto que á ella había caído el hombre desde las alturas de otro vivir, si no del todo culto, más holgado y próspero que la vida en las cavernas (2).

Tiempos duros á que llamó la ciencia, y les conviene el apellido, edad de piedra, ya que la piedra era, al parecer, el único y más íntimo auxiliar que el hombre tenía para atenderse á sí propio y atender á sus necesidades. Hachas, martillos, punzones, cuchillos y agujas, lanzas y saetas, herramientas de artesano y armas de cazador, todo era de piedra.

Piedra era acaso, *religiosa silex* (3), piedra tosca y sin labrar, la efigie del Dios, ó tradicional ó instintivo, que para ellos relampagueaba en la tormenta, bullía en el follaje ó se disipaba en el oro de las rompientes marinas. Y

(1) «..... quum frigida parvas  
præberat spelunca domos, ignem que laremque  
et pecus et dominos communis clauderet umbra.»

(JUVENAL, *Sat.*, VI, vv. 2-4.)

(2) EMMO. SR. CARDENAL GONZÁLEZ, Arzobispo de Sevilla, en su *Discurso de la antigüedad del hombre*, Sección 3.<sup>a</sup> del Congreso Católico Nacional, de Madrid, Abril y Mayo de 1889. Trata en él el insigne filósofo, con método y lucidez magistrales, la doctrina del principio y sucesión de los diversos estados de la cultura humana, aprovechando los más recientes descubrimientos de Keast-Lord en el Sinaí, y los de Schlieman en el Asia Menor, en los parajes de la antigua Troade.

(3) «Religiosa silex, densis quam pinus opacat  
frondibus, et nulla lucos agitante procella,  
stridula coniferis modulatur carmina ramis.»

(CLAUDIAN, *De raptu Proserp.*, I, vv. 203 y 205.)

cuando el pedernal les hubo servido para postrar la bestia selvática, en los despojos de ella hallaron carne para comer, pieles que vestir y huesos que ofrecían materia más dócil, ya bruñida y modelada, para utensilios, á cuya forma y uso no se plegaba la intratable piedra.

Es oficio de la tierra alimentarse de sí misma. Entiéndase por tierra lo material de la creación. Crear y consumir es su vida. Y vive devorándose á sí propia para tornar á producir.

Sea que á veces fué más el manjar que el apetito, ó que éste, ciego y más de glotón que de hambriento, como el de ciertos animales carniceros, dejó caer parte del manjar, de aquello que la tierra debió devorar en señalados tiempos, quedaron restos sin consumir.

Hallólos el hombre, y estudiados, le enseñan lo que fué la tierra y lo que fueron sus propios ascendientes humanos en ésta ó la otra edad de su sér, que sin aquellos indicios permanecería desconocida.

Y obscurecidas permanecieron dilatados siglos, porque la curiosidad que en ello entiende es novísima, de las mocedades del nuestro. Los indicios que la movieron y despertaron, piedras y huesos, hubieron de parecer á nuestros mayores—y ¡quién sabe si no han de parecerlo á alguno de nuestros descendientes!—raja de canteras, restos de festín, de combate entre hombres y fieras, de fieras entre sí enemigas. Porque, ¿cuál camino de su vida ó de su pensamiento anduvo la humanidad sin tanteos y dudas? ¿De cuál llegó al cabo sin contradicciones y arrepentimientos?

Mas nunca entre nosotros faltaron oídos dóciles á las llamadas ó ejemplos del arte ó de la ciencia, metidos en novedades por el ansia de mayor poder, mayor ostentación ó mayor sabiduría.

\*

\* \*

Las cuevas en Revilla del Valle de Camargo y de Altamira cerca de Santillana, en aquella región que se llama un día Alfoz de Camesa, exploradas por un observador de los más curiosos, tenaces y eruditos que entre los contemporáneos tuvo la Montaña, ensanchan los términos de nuestra historia hacia sus orígenes (1). Los entendidos que quieran estudiarla completa, han de comenzar por aquel período primero de la dicha edad de piedra, que se llamó de la piedra tallada, porque á golpes de otra, ó más dura ó más gruesa, la acomodaba á sus usos el hombre.

Halló Sautuola en Revilla, entre otros restos, contemporáneos ó no unos de otros, mezcla de tierra y cenizas, trozos de piedra informes, cristal de roca, algo de alfarería, rocas extrañas á la provincia, otras á medio labrar; y de ello y de su abundancia dedujo que la cueva, desacomodada para vivienda, sería taller de aquellos artífices primitivos. El taller supone industria, la industria cambio ó comercio: ¿qué relaciones de este linaje tendrían entre sí ó con vecinos suyos los primeros montañeses?

Estos hábitos mercantiles, aunque en mantillas, ¿serían rastro de otro estado de superior cultura? ¿No encierran ó contienen en substancia ideas de cantidad, proporción y equivalencia? ¿Bastó á suscitar y desenvolver estos gérmenes preciosos en la mente humana, objeto tan ruín, de tan corto valer como un trozo de piedra informe, ofrecido sin ruego y en abundancia por la naturaleza desnuda, ó surgieron y medraron á la par el esfuerzo del pensamiento y la industria de la mano para mudar forma y estado á lo que el suelo presentaba ocioso é inútil, y trocarlo en manejable y provechoso? ¿Quién sabe lo que puede tornar á valer mañana la tradición, hoy menospreciada, de haber venido á ser estirpe de las razas de ocaso un Tú-

(1) *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*, por D. Marcelino S. de Sautuola, correspondiente de la Real Academia de la Historia: Santander, 1880.

bal, primer concertador de sonidos; un Tubalcaín, primer fundidor de metales!

Primeros dije más arriba, estando á lo que hoy sabemos; mañana, acaso, sabremos otra cosa, como en otras partes ya saben: que aquella tosca cultura de piedra vino después, y fué degeneración de otra más cuidada y dificultosa. O acaso tiempos y estudios afirmarán que los hombres aquí venidos al despertar del mundo, sin que sepamos la hora de su llegada ni el camino que trajeron, vinieron malbaratada ya y desconocida la herencia de sus progenitores (1).

(1) «Las exploraciones y descubrimientos que por sabios competentes se han llevado á efecto en determinadas é importantes regiones del Asia y en el Egipto, lejos de comprobar la existencia allí de las cuatro edades (de piedra tallada, de piedra pulida, de bronce y de hierro) que hemos observado en Occidente, más bien tienden á probar que éstas no tuvieron lugar en el Oriente, toda vez que los utensilios de metal aparecen empleados por aquellos pueblos desde la más remota antigüedad, y simultáneamente con los de piedra, en sucesión perenne desde que aparecen en escena aquellos hombres y pueblos hasta los tiempos plenamente históricos, como son los de asirios y caldeos, los griegos, los lagidas y los romanos.»—CARDENAL GONZÁLEZ, en su obra citada, y 4.ª de las conclusiones en que recoge y compendia las doctrinas desarrolladas.

En la 5.ª dice: «La teoría según la cual el estado ó condición originaria de la humanidad fué el estado salvaje, estado del cual salió en virtud de la ley del progreso continuo, considerada en absoluto, ó sea con relación á la humanidad en conjunto, en sus primeros pasos, carece de fundamento científico, y es menos probable que la contraria á los ojos de la razón natural, de la ciencia y hasta de la Escritura misma.... La teoría expresada sólo es admisible con relación, no al género humano en conjunto, sino á alguna parte ó rama del mismo, como la que en nuestra Europa atravesó las edades arriba mencionadas, comenzando por la paleolítica (de la piedra tallada). Lo más probable en la materia, lo más conforme á la razón, á la ciencia y á la Biblia, es que el estado de los primeros hombres, de las primeras familias humanas no fué ni una civilización perfecta y adelantada, como pretende la escuela del autor de *Las Veladas* (*Las Veladas de San Petersburgo*, por el Conde José de Maistre), ni el salvajismo puro,

¿Cuánto duró su peregrinación desde la tierra de Oriente, cuna de la luz y del linaje humano, hasta estas remotas y oscuras partes occidentales? Jornadas de miseria, andadas por regiones inhospitalarias, dejando de los suyos en una y en otra, desmembrándose y enflaqueciendo; estancias de siglos acaso, reposos necesarios hasta recobrar las fuerzas y el andar; rencores nacientes entre el fuerte y el que lo era menos, entre el industrioso y el indolente; entorpecimiento de la mente distraída á la caza ó á la guerra; callo de la piedra ó el garrote en la mano desacostumbrada del cincel y la hachuela; ruína á la posture y decadencia tanta del espíritu, que olvidado de haber sabido fabricarse vivienda, fábrica pobre, pero fábrica humana (1), hallando aquí abrigo en la caverna, no supo edificarse otro. ¿Conservaban el uso del fuego, ó habían caído al extremo que pinta la imaginación de los latinos de abrigarse entre el ramaje de la lluvia y de los vientos? (2).»  
¿Las cenizas que acompañan á las obras de aquellos hombres, son obra asimismo de ellos? El agua corriente, de cuyo paso ofrecen señales seguras las cavernas, que sepultó las guijas y descarnó los castros, lo mismo junta que dispersa, así trae como lleva, y entierra en un lugar lo que puso en otro á descubierto. De su acción es fácil conocer, difícil afirmar.

\*\*\*

como quiere el autor de *Los orígenes de la Historia* (*Los orígenes de la Historia según la Biblia*, por M. Lenormant), sino un estado de civilización relativa.»

(1) «Cognovit autem Cain uxorem suam..... et edificavit civitatem..... *Génes*, IV, 17.»

(2) «Necdum res igni scibant tractare....

.....  
.....  
.....  
et frutices inter condebant squalida membra  
verbera ventorum vitare imbreisque coacti.»

(LUCRET, *De nat. rer.*, V., 951-955.)

La cueva de Altamira ofreció á su explorador hallazgos de mayor interés y cuantía que la de Camargo. Es más vasta: repártese en estancias varias y de proporción diversa, semejantes en lo singular y temeroso del aspecto que ofrecen las cavernas montaÑesas. Dentro de ellas diríase que hirvió la roca hinchando desmesuradas ampollas; cuajólas el frío, y al correr á lo largo de las cóncavas paredes, la piedra fundida, cayendo vencida del propio peso, enfrióse lentamente, quedando en anchas lenguas agarradas al subterráneo del muro. Y tan viva y fiel conservaron endurecidas la forma ondeada y suave que al fluir tuvieron, que, engañado el curioso, tienta todavía su blandura figurándose poder hincar en la roca su palo. Amenazas de arriba y de abajo, del techo y del suelo, hacen vacilar el paso. Piedras caídas de la bóveda avisan que otras iguales y mayores pueden caer como ellas cayeron, y acaso sobre el desprevenido; y el golpe sonoro y medido, medido por Dios, de la gota de agua, que suelta de la oscura, y en parajes invisible bóveda, alimenta la quieta charca, más lejos insondable pozo, semejando contar las horas, dice que acaso cuenta la postrera de quien no supiere esperar y sin prudente guía se aventurase más allá de los términos que á todo humano intento pone la Naturaleza.

Parecieron allí, entre los sabidos pedernales y cuarzos de una ú otra grandeza y labra, instrumentos de hueso, rayados en forma que sus rayas pudieran tomarse, dejando hablar á la imaginación, ó tal vez á la experiencia, por símbolos, ó cifras, ó letras, ó mero adorno. Y cuando algunos de aquellos huesos hubieren sido puntas de arma arrojada, las muescas ó rayas abiertas en el hueso pudieron servir para depósito de ponzoña que hiciera sus heridas mortales.

Parecieron allí, asimismo, conchas de moluscos, de éstos que nosotros llamamos *llampas*, lapas los castellanos, y los naturalistas clasifican en el género *patella*. Eran de tamaño tal y tan regular la órbita de su contorno, cuales no conocían otras los hombres ocupados en estudios seme-

jantes: por ellas quedó perpetuado en la ciencia el apellido del descubridor montaÑés (1).

De lo descubierto en Altamira, no causó mayor ruido entre las gentes aquello de que, siguiendo ya trazados rumbos, pudieron sabios servirse para llevar un hilo de luz á remota y tenebrosa noche. Causólo otra cosa, y fué de esta manera. Sautuola, en sus visitas á la cueva, movía y escudriñaba el suelo; del techo se cuidaba poco. Acompañóse cierto día de su hija, niña de pocos años, y ésta, ó movida del instinto que nos hace mirar arriba cuando entramos donde la luz es poca y tememos lo que de arriba puede venirnos, ó dotada de menos cansados ojos que su padre, fijólos en el techo y llamó la atención del naturalista hacia lo que en el techo veía.

Era, pintada en la bóveda desigual y áspera, una vacada desmandada y revuelta; toros de alto cerro, humillado testuz y enfurecidos ojos, corriendo arriba y abajo, huyéndose y encontrándose, cayendo unos ó revolcándose; de otros, una sola parte del cuerpo manifiesta, las fornidas ancas, el velludo pecho, como si salieran de la roca ó se entrasen en ella. Fantasía de artista que probó sus materiales ó ensayó la inspiración para obras mayores. Y luego, amaestrada la vista y hecha á la confusión y obscuridad, una corza en una parte, un jabalí disparado en otra, un busto de caballo.

¿Qué significaba todo ello? ¿Quién lo hizo? ¿Los mismos

(1) «Les coquillages marins sont intéressants. Les petellas constituent une variété des *Patella vulgata* des côtes de France; elles se rapprochent de la variété dite *occidentalis* (Valenciennes), mais elles sont encore plus grandes et plus orbiculaires. Ce sont les plus grands spécimens connus de cette espèce, et M. Fisher, du Muséum, a cru juste de créer pour elles la variété *Sautuolai*.» (EMILE CARTAILHAC, *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*: Paris, 1886, pág. 40.)

El autor, en esta obra, resultado de una misión científica especial que le fué encomendada por el Ministerio de Instrucción Pública en Francia, califica de afortunadas *heureuses* las excavaciones de Sautuola en Altamira.

hombres que rompieron los pedernales, trabajaron los huesos, comieron los moluscos, de que tanta copia y testimonio ofrece la cueva? Eso piensan geólogos eminentes: no están con ellos los artistas (1). Hallan éstos en las pinturas ciertos dejes indudables y sabor de obra reciente, aun sin contar con que las cavernas montaÑesas pudieran estar, y acaso estuvieron efectivamente, habitadas en épocas posteriores á éstas en cuyo examen andamos, y harto mejor conocidas.

«Yendo á más los pecados de los hombres, rota y sujeta España por la fuerte mano sarracena, muchos cristianos perecieron al filo de la espada; y los escapados de ella, recogiendo á las costas del mar, habitaron los huecos de las rocas,» dice un documento del siglo x (2). Y aun

(1) *Actas de la Sociedad española de Historia Natural* Extracto de las actas de las sesiones celebradas en 3 de Noviembre y 1.º de Diciembre de 1886.—Tratóse en ellas de las pinturas de Altamira. El Sr. D. Juan Vilanova y Piera (después fallecido), Académico de las de Ciencias Naturales y de la Historia, de cuyo nombre en estudios geológicos y antropológicos no hay para qué hablar, las tiene por auténticas, esto es, por obra de la edad de la piedra tallada en su período magdalenense (así llamado por los geólogos franceses, á causa de descubrimientos hechos en un paraje del departamento del Dordoña dicho «La Magdalena». El señor D. Eugenio Lemus y Olmo, grabador insigne, Director de la Calcografía Nacional, las estima apócrifas, es decir, obra de modernos. Discurre el Sr. Vilanova por comparación con otras pinturas atribuidas á aquella edad, y hallando relaciones entre una y otra arte, pintura y grabado ó cincelado, supuestos contemporáneos. El Sr. Lemus apoya su parecer en la práctica y experiencia de pintor, en el conocimiento de las épocas y adelanto de los procedimientos artísticos.

En la segunda de las sesiones aludidas, el Sr. D. Manuel Antón y Ferrándiz propuso una prueba que, llevada á cabo, sería decisiva. Estudiar la superficie de roca pintada y los trozos desprendidos de ella, sacando de este estudio la verdad del tiempo que á descubierto lleva aquella superficie. Si tenía otras capas calizas sobre sí cuando habitaban la cueva aborígenes montaÑeses, mal pudieron éstos pintarla.

(2) «..... Crescentibus hominum peccatis, a Sarracenis est pos-

cuando hable del territorio gallego, no parece temerario extender lo que dice al territorio montaÑés, más limpio al cabo de enemigos que el de Galicia, buena parte del cual fué pronto ocupada por los moros (1). Y si llegaron á Altamira algunos de los huídos del Guadalete, y es lícito á un profano fallar donde discordaron doctos ó enmudecieron, tampoco son de ellos aquellas pinturas. El arte visigodo que ellos traerían imitaba pálidamente el arte bizantino en telas, alhajas y libros; á la stirpe oriental mezclaba en escultura y arquitectura el recuerdo descolorido ó viciado de Roma; mas no era esa escuela buena maestra, aun seguida de cerca, para el estudio y reproducción de la Naturaleza viva. Y los animales de Altamira, amañados é incorrectos, sean magnificado retrato de las razas que pastan en las cercanías, sean intentada memoria de su progenitor el clásico *urus* de la Selva negra, ó del bisonte antiguo que aún puebla los bosques del Lituania, viven y manifiestan claros la acción de sus instintos, el impulso de sus sensaciones y el movimiento de sus músculos y huesos. No se ve tanto el pensamiento del artista, si hubo allí un pensamiento en que estuvieron unidas las acciones varias y situación de las figuras.

\*  
\* \*

Qué razón pudo mover á hombres de ahora á manchar caprichosamente con juguetona mano la honda gruta, no es para investigado por quien no fuera maestro en escrutar entrañas é intenciones. Y por maestro que fuera, ¿ha-

sesa (Hispania) et manu potenti dissipata, multique ex christianis in gladio occiderunt; et qui evaserunt, ora maris arripientes, in concavis petrarum habitaverunt.» (*Privilegio de D. Ordoño II á la iglesia de Compostela*. Era DCCCCLIII; a. C. 915.—FLÓREZ. E. S., tomo V, pág. 311.)

(1) En el siglo v, según el historiador Paulo Orosio, Asturias y Cantabria eran parte de la provincia romana titulada *Gallæcia*.

brá quien sepa todos los caminos por donde busca satisfacerse el sentimiento humano? No dejan de tener causa las cosas porque quien la indaga no acierte con ella, ni la relación de efecto á causa es tan clara siempre que demos con ella á los pocos intentos, aun buscándola con libertad é independencia absolutas, difíciles en hombres.

Figuras hay en otras paredes y estancias de la cueva no tan pintadas y concluidas. Las hay de mero contorno, de formas animadas; pero que se apartan de las que conocemos vivas, si en algo se asemejan á algunas de ellas. Cuando no sean con las anteriores hijas de un padre, han de serlo de padres hermanos.

Y por último, ¿quieren decir algo, ó no dicen nada las líneas ondeadas con amagos de paralelas y horizontales, trazadas en negro por mano temblona ó insegura, cortadas por otras más cortas verticales y en rojo que se ven en una galería, y aquellas otras en otra, todas negras, partidas por un dibujo semejante, remedando abultada trama de grosero tejido? ¿Es ello malicia ó pasatiempo moderno, ó principiaron por ahí á escribir en piedra los montañeses, como principiaron otros pueblos, montañeses también, y siguieron escribiendo aún más adelantados en saber que los habitantes de Altamira? (1).

Estos dibujos extraños, en que amanece la idea de orden y simetría, pudieran marcar otra edad montañesa menos lejana que las de los pedernales tallados y las piedras bruñidas, y llevarnos hasta la noticia de otra tercera edad más joven que ambas, aun cuando, como ellas, apenas columbrada en las nieblas de remotísimo pasado. ¿Cuánto

(1) Hubo un sistema de escritura lapidaria usado por la rama gael de los celtas, y llamado *ogham* por los epigrafistas, el cual consiste en porciones diferentes de líneas cortas, oblicuas, paralelas entre sí y unidas á una larga horizontal.—Ogham, según algunos celtólogos, es el nombre del semidiós inventor de la escritura ó del dios de la elocuencia.

tardaron las generaciones científicas en leer las *runas* escandinavas? (1).

\*  
\* \*

Grandes trozos de piedra, encaramados y suspendidos sobre otros hincados en el suelo, forman lo que anticuarios célticos apellidaron *dolmen*, ó mesa de piedra, atribuyendo la obra al pueblo cuya historia, lengua y artes estudiaban. Otros estudios más recientes quieren corregir los antiguos, teniéndolos por descaminados: quitan á los celtas la atribución de esas fábricas rudas, solemnes y misteriosas, y la dan á pueblos menos conocidos y más viejos, á hombres que, si no tenían para sus usos otro servidor que la piedra, habían aprendido á tratarla de más ingeniosa manera que á golpes, y á escoger entre piedras varias la que mejor se dejase tratar para deleitar los ojos con su brillo y pulimento, y servir á lo que bruñida y suave pudiera y no pudiera aderezada de más grosero modo. De ello han llamado á esta edad los sabios edad de la piedra pulimentada.

A la industria de acicalar piedrezuelas ó guijarros juntaron, sin duda, aquellos hombres la de mover, concertar y suspender moles cuya grandeza y situación espantan. Porque excavando al pie ó debajo de estos dólmenes, se hallaron instrumentos de guerra ó de industria iguales á los que aquellos hombres usaron, y con ellos huesos y despojos humanos que manifiestan haber sido el lugar sepul-

(1) Otras cuevas exploró Sautuola, la de la Venta del Cuco entre Santillana y Ubiarco, no lejos de Altamira, aunque en distinto rumbo, y la de San Pantaleón en Escobedo de Camargo.—Otro digno correspondiente de la Real Academia de la Historia y diligente bibliófilo montañés, D. Eduardo de la Pedraja Fernández Samaniego, estudió hacia la misma época una cueva llamada de Cobalejo en el Ayuntamiento de Piélagos. Halló de más curioso en ella un trozo de piedra de grano excavado, que pareció á Sautuola piedra de moler.

tura. Y de estos dólmenes ó sepulcros monumentales se ven en regiones á donde no es sabido que los celtas llegasen. Sin embargo, aprender un pueblo de otro y tomarle sus invenciones, sus leyes y sus costumbres, debió suceder desde el día en que dos pueblos, acercándose, ó trataron ó riñeron.

Acaso los tiempos de la humanidad, los de su historia y de sus artes se distinguen y separan entre sí al modo que los siete colores de la luz descompuesta por el agua ó por el vidrio. Cálense uno á otro los dos inmediatos, y recíprocamente se empañan, sin que haya ojos que perciban ni pulso que trace la línea efectiva y material de su separación. Hay una como región intermedia que de ambos colores tiene, y á uno y otro pertenece, sin poderse decir exclusiva de ninguno de ellos.

Fijar fechas á las mudanzas de los hombres durante las nieblas pardas de su historia, á sus ascensiones y caídas, parece empresa de difícil acierto. Hácese, ó más bien, tiéntase á larga distancia de las épocas y de los sucesos, desde donde se ve poco, nada de lo menudo, y únicamente lo más abultado y llamativo. De ahí, en ocasiones llega el saber humano al conocimiento de lo que no ha visto; en otras, á la necesidad de mudar consejo y corregirse á sí propio.

\*  
\* \*

Cavernas y dólmenes se hallan en la Montaña, en regiones apartadas y distintas. Aquéllas en la marina y tierra baja, éstos en lo alto y rayano de Castilla, región trágica y desierta, asombrada por frecuentes nubes, arrecida por tenaces nieves, desvelada por el silbo agudo del viento en los páramos. En ella comienza, cayendo desde los puertos de Iger, y abriéndose hacia Levante, la vasta cuenca en cuyo fondo nace el Ebro.

Los dólmenes, como las cavernas, tuvieron explorador inteligente y atrevido, hijo de la explorada tierra, y su cie-

go enamorado, quien los vió y escribió de ellos á la luz de los tiempos de su exploración (1).

Rigorosamente hablando, los monumentos eran dos, dolmen uno de ellos. Del otro se ve la pieza mayor ó mesa caída de sus antiguos encajes, descalzada por los agentes poderosos del tiempo y de la Naturaleza, nieves, huracanes, estremecimientos del suelo ó el misterioso roer de los siglos. Está en el escarpe septentrional de la cuenca, al cual dicen puerto de Sejos. Y acaso fué de aquellas piedras gigantes que se llamaron piedras oscilantes ó trémulas, puestas en tan maravilloso equilibrio, que el más ligero impulso las movía. Plinio cuenta de una que hubo cerca de Harpassa, pueblo asiático. «Cerca de Harpassa—dice,—pueblo del Asia, hay una roca inmensa, que con sólo un dedo puede moverse (2).»

Sirvieron, si la tradición no engaña, de piedras probatorias para los acusados inconfesos. Los que lograban moverlas, declarábanse inocentes; aquél á quien la piedra resistía, tenía por culpado. Mas éstos son comentarios venidos después, y que acaso en nada tocan á los artífices de aquellos monumentos. No demos suelta á la imaginación antes de su hora.

El dolmen montañés de que hasta ahora tenemos noticia, se levanta en la vertiente ó escarpe meridional de la misma cuenca, en la llamada Sierra de Brañosera y paraje de ésta dicho el Abra. Dolmen del Abra le llama su descubridor (3). Es una inmensa cobija de 22 pies de lar-

(1) D. ANGEL DE LOS RÍOS Y RÍOS, correspondiente de la Real Academia de la Historia y cronista de la provincia, en el *Semanario pintoresco español*, tomo XXII, 1857.

(2) «Juxta Harpassa, oppidum Asiæ. cautes stat horrenda, uno digito mobilis.» (*Historia Natural*, lib. II, 98.) Harpassa, según los geógrafos modernos, es Arab-Hissar en Caramania, provincia turca del Asia Menor. Esta fué la antigua Caria, colonia famosa en las historias y mitología griegas.

(3) En los mapas se lee, y en boca de las gentes suena por aquellos parajes, la voz Labra, Peñalabra, Labra la Vieja (que su-